

Al mismo tiempo un oficial procedente de Pirna llegaba á anunciar que desembocando Vandamme de Koenigstein, había arrebatado al príncipe Eugenio de Wurtemberg aquel puesto.

Impresionados por un terrible desastre á la izquierda, violentamente cañoneados en el centro, con el peligro de ser rebasados hacia la derecha por el movimiento del mariscal Ney, que avanzaba sin obstáculo desde Reick sobre Prohlis, y temiendo ver muy pronto en manos de Vandamme el camino de Peterswalde, se pusieron á discutir sobre el partido que se debía adoptar los generales coligados en torno del emperador Alejandro y del rey de Prusia. Obstinarlos querían los más fogosos; pero aterrado el príncipe de Schwartzberg por la pérdida de más de veinte mil hombres á su izquierda, privado de municiones por el retraso de sus convoyes, ignorando qué suerte haría sufrir Murat al resto del cuerpo de Klenau, hallándose lanzado sobre sus espaldas al galope, se negó rotundamente á seguir la batalla. De consiguiente ordenóse la retirada hacia las montañas de Bohemia, por las cuales se había penetrado en Sajonia, sin fijarse bien respecto de la dirección que seguiría cada columna. Cedióse el terreno poco á poco, tornando á pasar por encima de las alturas que rodean á la ciudad de Dresde.

A la vista de tal espectáculo estalló en nuestras filas el más vivo gozo. Murat, galopando siempre á la derecha sobre el camino real de Freyberg, acumulaba á cada instante prisioneros y carros de bagajes y de artillería. En el centro se cañoneaba más vivamente al enemigo, y moviéndose Saint-Cyr y Ney hacia la izquierda, trepaban á las alturas detrás de los rusos. A las seis de la tarde habíamos cogido á los coligados de quince á diez y seis mil prisioneros, por lo menos cuarenta cañones y sobre el terreno quedaban de diez á once mil contrarios muertos ó heridos por el fuego de artillería la mayor parte, salvo los que sucumbieron bajo las bayonetas de Víctor y bajo los sables de Murat. De consiguiente los coligados perdieron de veintiséis á veintisiete mil hombres, sin contar los rezagados y extraviados que íbamos recogiendo á miles. Tan excelente jornada, último favor de la fortuna en esta campaña horrorosa, nos costó de ocho á nueve mil hombres alcanzados por las balas de artillería casi todos. Principalmente se debía á Napoleón, que de una ojeada descubrió en el hondo valle de Plauen el medio de aislar y de destruir á una de las alas del ejército enemigo, y después de Napoleón á Murat, que ejecutó esta bella maniobra con éxito maravilloso. A no ser por este accidente del terreno, dominado por dondequiera el campo de batalla de Dresde, no fuera sostenible para nosotros; pero apoderándose Napoleón con la mirada del genio de una particularidad local por esencia, la transformó de repente en teatro de victoria para sus armas y de confusión para los contrarios. Feliz inspiración fué esta de que aún aguardaba mayores resultados que los ya obtenidos. Teniendo emboscados cuarenta mil hombres á cuatro leguas sobre su izquierda, no podía pensar sin alegría involuntaria en el efecto que producirían estos cuarenta mil hombres cayendo improvisadamente sobre las espaldas de los enemigos derrotados, y al aplaudirse por la victoria de la jornada del 27 de agosto, se prometía y prometía á todo el mundo muy otros trofeos para el día siguiente.

¡Ah, bien lejos estaba de sospechar que una combinación destinada á producir los mayores resultados, no sería en breve más que un manantial de desdichas! ¡Ya en estos últimos tiempos no le debía otorgar la fortuna más que triunfos envenenados, trato común que reserva á los que abusan de ella!

Napoleón volvió á entrar en Dresde á la caída de la tarde, en medio de los entusiastas gritos de la población, arrobada de júbilo al verse libre de los doscientos mil coligados, que antes de sacarla del dominio de los franceses, la sujetaran á todos los horrores inherentes á un asalto. Habiendo sufrido Napoleón doce horas de continua lluvia, tenía caídas las alas de su sombrero sobre los hombros, estaba cubierto de barro y radiante de satisfacción. Fué á la morada del rey de Sajonia, quien le manifestó la más viva alegría, y en medio de este gozo, sincero en unos, fingido en otros, demostrativo en todos, no cesaba de dirigir una pregunta á cada uno de los que tenía á su lado. En el momento de caer la bala que hirió al general Moreau, en medio del grupo del emperador Alejandro había echado de ver Napoleón muy á las claras por el brillo de los uniformes que aquel grupo era el de los soberanos, y no cesaba de preguntar á todos: «¿Quién habrá muerto en aquel escuadrón brillante?...» Poco después lo supo á consecuencia del incidente más extraño. El ilustre herido tenía un perro, que se había quedado en la choza, donde se le hizo la primera cura. Este perro llevado á Napoleón tenía un collar donde se leía: *Soy del general Moreau*. ¡De este modo supo Napoleón la presencia y la muerte del general Moreau en las filas de los coligados! Entretanto dió sus órdenes para que, después de calentarse alrededor de grandes hogueras y de descansar toda una noche, se pusieran en marcha sus cuerpos de ejército al despuntar la aurora del 28, á fin de perseguir al enemigo á todo trance y de alcanzar todos los resultados de la insigne victoria del 27.

Habiendo retrocedido los coligados hasta la cima de las alturas que rodean á Dresde, se pusieron á discutir sobre la dirección que darían á su retirada. Unos querían detenerse en el desemboque de las montañas de Bohemia, según el general Moreau lo había aconsejado antes de la batalla; otros querían retirarse de seguida á Bohemia y aún más allá del Eger, y de este dictamen participaba especialmente el generalísimo príncipe de Schwartzberg, que anhelaba reorganizar su ejército y reponerle del rudo golpe recién experimentado. No era proponible lo de permanecer sobre la vertiente de las montañas delante de un enemigo victorioso y acostumbrado como Napoleón á sacar tan gran partido de la victoria. Así la primera y más inevitable de las resoluciones consistía en volver á pasar las montañas, salvo el determinar hacia dónde se dirigiría el movimiento retrógrado posteriormente. Abrazóse, pues, la resolución imprescindible. Restaba saber qué caminos se seguirían para volver á pasar las montañas. Si no perdido, muy comprometido al menos estaba el camino real de Peterswalde. Con efecto, ejecutando el general Vandamme las órdenes de Napoleón el 26 de agosto, había cruzado el Elba por Koenigstein, asaltado la meseta de Pirna débilmente guardada y establecido en este campo, desde donde dominaba el camino de Peterswalde sin interceptarlo enteramente á pesar de todo. A la verdad

en el curso del día envióse al conde Ostermann para socorrer al príncipe Eugenio de Wurtemberg, pero se ignoraba la fuerza de Vandamme, no se sabía si mandaba á veinte, treinta ó cuarenta mil hombres, ni si en el intervalo habría conseguido bajar del campo de Pirna para cerrar los desfiladeros del camino de Peterswalde. Renunciar á pasar por este punto ofrecía el doble inconveniente de dejar allí al príncipe de Wurtemberg sin apoyo y al conde Ostermann lo mismo, y de trasladarse en masa á caminos secundarios, mal practicables y donde los rusos iban á formar una aglomeración funesta con los prusianos y los austriacos. De consiguiente determinóse que el grueso de los rusos á las órdenes de Barclay de Tolly marchara en pos del conde Ostermann por el camino de Peterswalde, y lo tornara á abrir á viva fuerza si estuviese cerrado; que los prusianos y parte de los austriacos tomaran el camino del lado, el de Altenberg, Zinnwald, Töplitz, por donde había ido la segunda columna de los coligados, y que finalmente el resto del ejército austriaco fuera por la calzada de Freyberg á ganar el camino real de Leipsick á Praga por Comotau. De esta suerte los enemigos iban á entrar nuevamente en Bohemia formando tres columnas, en lugar de las cuatro que componían al tiempo de la partida. Se convino en que después de descansar toda la noche, se emprendería la marcha al día siguiente 28 desde muy temprano, á fin de llegar á los desfiladeros de las montañas antes de ser estrechados muy de cerca por los franceses.

Al menos en las primeras horas fueron ejecutadas estas disposiciones según se habían acordado. A otro día por la mañana se movieron en tres columnas y en las direcciones indicadas, al par que, emprendiendo también su movimiento los cuerpos franceses, marchaban detrás de estas mismas columnas, bien que á bastante distancia, por consecuencia del triste estado de los caminos. A cada paso dejábanse heridos, rezagados, carros destinados á ser presa de los franceses. De todos los corazones se había apoderado la tristeza. En los sucesos de estos últimos días contemplaba el rey de Prusia la prosecución de su mala fortuna ordinaria; Alejandro se preguntaba si no era una triste ilusión el principio de ventura con que se había contado, y si al lisonjarse de vencer á Napoleón no se habían concebido esperanzas exorbitantes. Así avanzaban todos, recelosos de los choques á que se hallaban expuestos antes de transponer aquella cortina de altas montañas que tenían enfrente, al par que los acosaba detrás un enemigo victorioso; no sospechando nadie, ni entre los perseguidos ni entre los perseguidores, lo que iba á acontecer dentro de cuarenta y ocho horas.

Descubriendo Barclay de Tolly en la marcha un tropel excesivo sobre el camino de Peterswalde, y conociendo que se le estrecharía de cerca muy pronto, comenzó á temer que perdería un tiempo precioso si encontraba dificultades á la parte de Peterswalde, y que ya no podría acogerse al camino de Altenberg en sazón oportuna; de consiguiente ideó cambiar de improviso de dirección con el grueso del ejército ruso y torcer á la derecha, para ganar de nuevo el mismo camino de Altenberg que debían seguir los prusianos y parte del ejército austriaco, á riesgo de producir allí un hacinamiento espantoso. Acto continuo envió al conde Oster-

mann la orden de que se replegara hacia el mismo rumbo, y de que dejara al príncipe Eugenio volver solo por el camino de Peterswalde á Bohemia.

Estas providencias ocasionaron entre el conde Ostermann y el príncipe Eugenio de Wurtemberg un vivísimo conflicto. Habiéndoselas con el general Vandamme sobre la posesión del camino de Peterswalde, con razón no quería el príncipe Eugenio quedar allí solo, y expuesto á encontrar á dicho general sobre su flanco ó sobre su espalda, y aun quizá de frente, pues los franceses descendidos de la meseta de Pirna se presentaban por todas partes. Además decía que si al cuerpo de Vandamme, que había motivo para considerar muy fuerte, se le dejaba libre la entrada en Bohemia, probablemente se iría á situar en Töplitz, al desemboque de los caminos seguidos por las diversas columnas en retirada, y podría causarlas graves apuros. Por su parte el conde Ostermann temía comprometer las tropas de la guardia que se le habían confiado, y resistía por este motivo á las apremiantes instancias del príncipe Eugenio de Wurtemberg. Vencido por las buenas razones de éste y por su oferta de tomar por sí propio la parte más fuerte del peligro, determinóse al cabo á seguir el camino de Peterswalde y á forzarlo, si la necesidad lo requiriera, para tomar la delantera á Vandamme en el desemboque de Töplitz. Al mismo tiempo comunicó á Barclay de Tolly la resolución que adoptaba, no disimulándose los inconvenientes de ella, si bien creyendo ahorrar así grandes peligros al resto del ejército coligado.

De consiguiente el 26 por la mañana, el príncipe Eugenio y el conde Ostermann trataron de caminar sobre la meseta de Gieshübel, situada más abajo de la de Pirna, y separada sólo de ella por el arroyo de Gotleube. Se necesitaba atravesar por diversos pasos difíciles hasta lo sumo, donde se podía encontrar á los franceses, especialmente en Zehist, pequeña aldea que se descubre á la entrada de la meseta de Gieshübel, bajo una altura que se denomina Kohlberg, y que en este momento estaba ocupada por un batallón francés.

El príncipe Eugenio hizo asaltar y señorear aquella cumbre, y aprovechóse de tal ventaja para que desfilase todo su cuerpo. Vandamme dispuso que la posición se recuperase, pero ya no tenían interés en poseerla los dos cuerpos rusos. Siguiendo por la meseta de Gieshübel hacia adelante, en Gross-Cotta y en Klein Cotta pasaron al lado de los franceses descendidos del campo de Pirna en harto débiles destacamentos, y consiguiera transponer los obstáculos todos, aunque perdiendo alguna gente. Llegados á la postre á la extremidad de la meseta, se deslizaron por la rampa de Gieshübel, y sin graves accidentes pudieron ganar el camino de Peterswalde, salvándose de un gran peligro á costa de algunas pérdidas de escasa monta.

Les valió esta fortuna la circunstancia de haberle sido muy penoso á Vandamme arrastrar su artillería á causa del mal tiempo; y así no pudo hacer otra cosa el día 26 que preparar á la meseta de Pirna, hubo de invertir el 27 en ocuparla sólidamente, y en la mañana del 28 fué sorprendido por la aparición de los rusos antes de conocer los sucesos de la capital de Sajonia. Pero avisado muy luego de la victoria del día antes y reuniendo sus divisiones, se puso á perseguir á los rusos, les dió en Gieshübel un fuerte combate de retaguardia, les mató

unos mil hombres y llevólos batidos hasta Hollendorf, á alguna distancia de Peterswalde. Llegado á este punto aguardó impacientemente las órdenes de Napoleón acerca de la dirección que debía imprimir á sus movimientos ulteriores.

Tales fueron las operaciones del enemigo la mañana del 28 y durante una parte del mismo día. Entretanto Napoleón, en pie desde muy temprano, expidió sus primeras órdenes por escrito, y encomendó al mariscal Mortier y al mariscal Saint-Cyr que con la joven guardia y el 14.^o se trasladaran á Gieshúbel, uno de los desfiladeros del camino de Peterswalde, para incorporarse allí á Vandamme; al mariscal Marmont que siguiera á los coligados por el camino de Altenberg; y á Murat, que tenía el cuerpo de Víctor consigo, que los diera caza por el camino real de Freyberg á todo trance. En los mismos despachos anunció Napoleón su presencia, y prometió mandar sobre el mismo terreno lo que aconsejasen las circunstancias. Con efecto, desde la punta del día fué al lado del mariscal Marmont á caballo, para observar con sus propios ojos la retirada del enemigo.

Llegado á las alturas de Dresde junto al mariscal ya citado, vió á las columnas de los coligados encaminándose á las montañas del *Ers Gebirge* llenas de maleza. Le llamó la atención el movimiento transversal de izquierda á derecha ejecutado por las tropas rusas de Barclay de Tolly, para trasladarse del camino de Peterswalde al de Altenberg, movimiento de cuyas resultas se iban á encontrar juntas en la misma dirección gran parte de las columnas rusas, prusianas y austriacas. Delante de tales masas el cuerpo del mariscal Marmont era insuficiente á todas luces, y Napoleón previno al mariscal Saint-Cyr que declinara de Dohna á Maxen para aproximarse al mariscal Marmont y perseguir al enemigo de común acuerdo. Dada esta orden de viva voz, trasladóse Napoleón á Pirna, para ver lo que allí pasaba y determinar lo que se debía hacer sobre el camino de Peterswalde.

A eso de mediodía llegó á Pirna, hizo una comida ligera y sintióse acometido de pronto de los dolores de entrañas á que la humedad le sometía; pues á la verdad el día antes había aguantado torrentes de lluvia durante largas horas. Sin embargo, estos dolores no eran de naturaleza que le impidiesen dar órdenes y hacer lo que exigían imperiosamente las circunstancias (1). Pero

(1) Ignorando los aduladores de la memoria de Napoleón, por serles desconocida su correspondencia, los verdaderos motivos de su repentina vuelta á Dresde, y no queriendo tampoco admitir que pudiese cometer una falta, han atribuido á una indisposición súbita aquel retorno. Las numerosas órdenes expedidas por Napoleón el mismo día 28 y el 29 demuestran que la indisposición no le impidió atender á sus negocios, y testigos oculares, y el mariscal Marmont especialmente, afirman que no estaba enfermo. Refiriéndonos de mejor voluntad á los documentos auténticos que á las relaciones frecuentemente contradictorias de los testigos oculares, creemos haber adquirido la prueba por las mismas cartas de Napoleón de que la indisposición supuesta no le impidió de ningún modo hacer lo que debía, y nos hemos convencido de que el verdadero motivo de su vuelta á Dresde, tan fatal dos días más tarde, no provino más que de los despachos recibidos de los alrededores de Berlín y de Lowenberg. Sobre esto no dejan las órdenes del 28 y del 30 ninguna duda. Más adelante demostraremos también, por la simple exposición de los hechos, que sobre esta importante época no se han publicado más que errores, cosa que ha hecho hasta ahora inexplicable del todo la catástrofe del general Van-

damme. Esperamos que, después de la relación que haga nuestra pluma, quede muy en claro, y que se atribuya este gran infortunio á la verdadera causa, que fué menos accidental y más general de lo que se supone comunmente (N. del A.)

en este momento recibió despachos que aguardaba con impaciencia de los alrededores de Berlín y de las márgenes del Bóber. El mariscal Oudinot, que de muchos días atrás debía haber entrado en la capital de Prusia, se hubo de detener delante de las inundaciones, y además, por no acometer al enemigo en masa, resultó bastante maltratado uno de sus cuerpos de tropas. El mariscal Macdonald acababa de ser sorprendido por Blücher á orillas del Bóber y de experimentar pérdidas de cuantía. Así la fortuna apenas dejaba á Napoleón tiempo de disfrutar de su hermosa victoria de Dresde, y de pronto se anulaba el horizonte en torno suyo, después de presentarse perfectamente sereno. Siempre había tenido á sus ojos suma importancia la marcha á Berlín bajo el aspecto militar. Debía deslumbrar los ánimos, herir en el corazón á la Prusia, castigar á Bernadotte, ponernos en comunicación con las plazas del Óder y aun quizá con las del Vístula, todas las cuales tenían necesidad de ser avitualladas de nuevo. Añadiéndose el revés de Macdonald al de Oudinot podía contribuir á hacer más ardua y más dudosa aquella marcha sobre Berlín, en la que Napoleón ponía tanto empeño, y creyó que debía regresar á Dresde sin demora á fin de dictar las providencias que la situación requería. Al par que Berlín le llamaba, el movimiento sobre Peterswalde exigía menos su presencia, según lo que se acababa de anunciarle. Efectivamente, al salir de Dresde por la mañana pudo creer que, ocupando Vandamme á Pirna y á Gieshúbel, opondrían allí una barrera de hierro á la columna rusa, y que llegando Saint-Cyr y Mortier por su espalda, la coparían toda entera. Pero acababa de saber que la columna rusa había tenido tiempo de volver á ganar el camino de Peterswalde, y que por tanto ya Vandamme no podía hacer otra cosa que seguirla vigorosamente, y consideró que bastaban sus lugartenientes para sacar de la victoria de Dresde todas las consecuencias que era lícito esperar todavía. Juzgó que bastaba dejar á Vandamme todas las divisiones que ya le había confiado, hacerle bajar á Bohemia por el camino de Peterswalde, empujarle hacia Tœplitz, donde se hallaría sobre la línea de retirada de los coligados, prontos á desembocar de los desfiladeros de las montañas y vivamente perseguidos por Saint-Cyr, Marmont, Víctor y Murat. Verosímil era que, emboscado Vandamme en Kulma ó en Tœplitz, hiciera más de una buena presa, y que trasladándose entre Tetschen y Aussig de seguida, se apoderara de gran parte del material de los coligados cuando quisieran volver á pasar el Elba. En esta posición debía prestar Vandamme otro servicio, el de ocupar el camino directo de Praga, al cual daba Napoleón sumo precio, porque, después de los despachos de Oudinot y de Macdonald, pensaba en una marcha fulminante sobre Berlín ó sobre Praga, á fin de caer de pronto sobre el ejército del Norte, ó de dar cima á la derrota del de Bohemia; y aun si á la sazón volvía á Dresde, no entraba por poco el designio de contrapesar durante un día las ventajas y los inconvenientes de la marcha sobre una ú otra de estas dos capitales. Consi-

damme. Esperamos que, después de la relación que haga nuestra pluma, quede muy en claro, y que se atribuya este gran infortunio á la verdadera causa, que fué menos accidental y más general de lo que se supone comunmente (N. del A.)

derando, pues, la situación bajo este nuevo aspecto, dejó al general Vandamme no sólo sus dos primeras divisiones, de Philippón y de Domenceau, con la brigada de Quoyot, que formaba la mitad de la división de Teste, sino también la primera división de Saint-Cyr, 42.^a del ejército, que de algunos días atrás se le había prestado, y agregó á estas fuerzas la brigada de Reuss del cuerpo de Víctor para compensar la media división de Teste que le fué quitada. Además añadió la caballería del general Corbineau. Así debía tener Vandamme el valor de cuatro divisiones de infantería y de tres brigadas de caballería, sumando en totalidad cuarenta mil hombres por lo menos. Napoleón le previno que persiguiera vivamente á los rusos hacia Bohemia, y bajara á Kulma, y ocupara por un lado á Tœplitz á fin de molestar á los coligados á su salida de las montañas, y por otro á Tetschen y á Aussig á fin de guardar los pasos del Elba y el camino de Praga (1). También le previno, y esto demuestra sus verdaderas intenciones, que subiera á Tetschen el segundo puente de barcas echado en Pirna. En cuanto á lo demás le anunció órdenes ulteriores. Sin embargo, situó al mariscal Mortier en Pirna con cuatro divisiones de la joven guardia, para que pudiera socorrer en caso necesario al general Vandamme, del cual sólo distaría siete ú ocho leguas. Al mismo tiempo hizo que se recomendase á Saint-Cyr, á Marmont, á Víctor y á Murat, que siguieran acosando á los coligados con la punta de la espada, y que los empujaran con violencia hacia las montañas á fin de que no pudieran transponerlas sino desordenadamente. Dadas estas instrucciones partió para Dresde en carruaje, y prescribió á la vieja guardia que se le incorporara en este punto.

Durante el mismo día 28, Saint-Cyr, Marmont, Víctor y Murat fueron pisando los talones de los coligados. Saint-Cyr cogió heridos y rezagados, Marmont apoderóse en Possendorf de dos mil prisioneros y de trescientos ó cuatrocientos carros. En Dippoldiswalde dió un combate venturoso, y también capturó ó mató á algunos centenares de hombres. Murat y Víctor cogieron por su parte heridos, rezagados y prisioneros, cañones, carros y por lo menos cinco ó seis mil hombres entre todos. Las pérdidas experimentadas por los enemigos el día

(1) Citamos la orden textual, que patentiza la intención del emperador.

«A una legua de Pirna, 28 de agosto de 1813, á las cuatro de la tarde.

»Señor general Vandamme: el emperador manda que os dirijáis sobre Peterswalde con todo vuestro cuerpo de ejército, con la división de Corbineau, con la división 42.^a y finalmente con la brigada del 2.^o cuerpo mandada por el general príncipe de Reuss; de cuyo modo tendréis de aumento diez y ocho batallones. Pirna será guardada por las tropas del duque de Treviso, que llegará esta misma noche. También tiene orden este mariscal de relevar vuestros puestos del campo de Lilienstein. El general Baltús con vuestra batería de á doce y vuestro parque llega esta noche á Pirna: enviad en su busca. El emperador desea que reunáis todas las fuerzas que pone á vuestro cargo, y que con ellas entréis en Bohemia y destrucéis al príncipe de Wurtemberg si se os opusiere. Parece que se dirige sobre Annaberg el enemigo á quien hemos batido. S. M. cree que sobre la comunicación de Tetschen, de Aussig, y de Tœplitz le podríais tomar la delantera, y apoderaros así de sus equipajes, sus hospitales, sus bagajes, y finalmente de cuanto marcha detrás de un ejército. El emperador manda que se alce el puente de barcas delante de Pirna, á fin de que en Tetschen se pueda echar otro » (N. del A.)

antes y que se podían calcular en veinticinco mil hombres, se elevaban á treinta y dos ó treinta y tres mil de resultas de la jornada del 28. Visibles eran las señales de desaliento en los contrarios, y hacían esperar resultados importantes si se les perseguía vivamente.

Al día siguiente, 29 de agosto, excitado Vandamme por las órdenes recibidas la noche antes, resolvió no dar ningún respiro á los rusos y hacerles expiar la fortuna que tuvieron de pasar impunemente por delante de sus tropas bajo la meseta de Pirna. Este general, dotado de gran golpe de vista, de vigor, de experiencia de la guerra, denigrado por desdicha á causa de sus costumbres soldadescas algún tanto fuera de medida y de su carácter violento, no había sido tratado con favor alguno, y se quejaba de no ser mariscal todavía, grado que merecía mucho mejor que varios de sus contemporáneos á quienes no se lo hizo esperar Napoleón. Habiendo originado la dificultad de las circunstancias, y la necesidad de reemplazar á los hombres de guerra, de quienes se hacía tan enorme consumo, que se fijara la atención del emperador sobre su persona, se lisonjaba de alcanzar al fin las recompensas que de muy atrás creía tener merecidas, y experimentaba una abundancia de celo, que, utilísimo en cualquiera otra coyuntura, podía al presente arrastrarle fuera de los límites de la prudencia. Resueltamente avanzó, pues, desde la mañana del 29 sobre la retaguardia de los rusos. A la cabeza marchaba la brigada de Reuss, mandada por un joven príncipe alemán, militar de la distinción más elevada. Vandamme la dirigía acompañado del general Haxo. Entre Hollendorf y Peterswalde, Vandamme y el príncipe de Reuss atacaron á una columna rusa que intentaba oponer resistencia, la rebasaron, y después de desordenarla quitáronla dos mil hombres. Por desgracia una bala de cañón derribó al joven príncipe de Reuss sin vida. Lo sintió el ejército entero, pues á la circunstancia de oficial muy brillante unía la de ser adictísimo á los franceses.

Después de esta proeza continuó Vandamme persiguiendo á los rusos á todo trance. Detrás de ellos cruzó las montañas, bajó á la llanura, y á eso de mediodía llegó á Kulma, desde donde descubría la inmensa cuenca en que empezaban á desembocar las columnas enemigas vivamente acosadas. A su vista los soldados del príncipe Eugenio de Wurtemberg y del conde Ostermann, á quienes no había cesado de perseguir y de coger muchos miles de prisioneros, hicieron alto y fueron á tomar posición delante de su tropa, á fin de custodiar el desemboque de Tœplitz, como que conocían toda su importancia. Desde las alturas de Kulma divisaba Vandamme este desemboque, adonde tenía orden de tocar en caso necesario y adonde le llamaba el deseo de obstruir el paso á las columnas enemigas que habían tomado los caminos laterales al de Peterswalde. Desgraciadamente sólo tenía á la mano su vanguardia; el resto seguía formando una larga cola en las gargantas, y las tropas rusas que miraba enfrente, más numerosas que por la mañana y aún reforzadas con nuevos cuerpos, aparecían resueltas á mantenerse firmes en su puesto. De consiguiente suspendió por unos instantes su marcha, para aguardar sus fuerzas todas. Véase lo acontecido durante este tiempo en las filas de los coligados.

El emperador Alejandro había pernoctado en Altenberg, á la falda de las montañas del *Ers-Gebirge*, y especialmente de la que se llama Geyersberg, cruzóla el 29 por la mañana y llegó muy temprano al respaldo de ella. Descubriendo desde allí hacia la izquierda la posición de Kulma, sobre la cual se detuvo Vandamme enfrente de los rusos, á Tœplitz y la cuenca del Éger, que va á desembocar en el Elba, pudo avalorar el peligro de una retirada precipitada, ejecutada desordenadamente, amenazada de flanco por el cuerpo de Vandamme que se sabía ser numeroso y que podía serlo más de hora en hora. Perdido había el consejero en quien había depositado tanta confianza, al general Moreau, á quien llevaban moribundo los soldados sobre sus hombros, y le quedaba al general Jomini, á quien Moreau le había recomendado como idóneo para dar un buen consejo, á pesar de lo bullicioso. Predispuéstísimos el general Jomini y otros muchos á censurar á los austriacos y especialmente al príncipe de Schwartzberg, se quejaban con amargura de que se pensase llevar más allá del Éger la retirada, declaraban excesivo semejante movimiento retrógrado y aun peligroso, sobre todo apareciendo Vandamme en el desemboque de la calzada de Peterswalde sobre el flanco de las columnas en retirada. El emperador Alejandro, que empezaba á entender algo mejor la guerra y que sólo tenía la falta de dejarse llevar de los dictámenes contrarios hasta el extremo de caer en vacilaciones interminables, avaloró el reparo y manifestó dispuesto á tomarlo en cuenta. Antes, cuando había menos exasperación contra los franceses, cuando se estaba debajo del influjo del genio trascendental de Napoleón, se sentía muy poca inclinación á apelar de una derrota, se consideraba como una sentencia á que había que someterse y se rendían fácilmente las armas al primer cuerpo de tropas que se hallaba por el camino después de perdida una batalla. Mucho se había cambiado al presente. Se hizo extremada la pasión á la resistencia; ya disminuído el prestigio de Napoleón, cedíase menos al desaliento y se concebía nuevamente de buen grado la resolución de pelear á la menor vislumbre de esperanza. Así todos los generales que se hallaron en torno opinaron que si se presentaba una ocasión cualquiera de tornar á emprender la lucha, convenía aprovecharla, y que apareciendo un cuerpo francés hacia la izquierda, se debía hacer alto para combatirle, en vez de trasladarse al otro lado del Éger. Además se trataba hasta entonces de un cuerpo aislado, que verosímilmente sería socorrido, pero que acaso no lo fuera, y ofrecería una presa fácil en tal caso. Participando de este dictamen Barclay de Tolly y el general Diebitch, jefe de estado mayor ahora, dióse orden á las columnas del príncipe Eugenio de Wurtemberg y de Ostermann para que se mantuviesen firmes delante de Kulma por mucho que fuera su cansancio. Se les anunció que iban á ser reforzadas, y en efecto se les enviaron muchas columnas de infantería rusa y prusiana, que llegaban por el camino de Altenberg con la caballería de la guardia. No paró en esto. Actualmente desembocaban las tropas austriacas en mayor número que las rusas, por haber sido las primeras que tomaron el camino de Altenberg en derechura. Antes que otro alguno llegó el cuerpo de Colloredo. Pero este general, á quien se pidió que fuera á situarse delante de Kulma

y á espaldas de las líneas rusas, alegó las instrucciones del príncipe de Schwartzberg, que le prescribían retirarse más allá del Éger, y hubo que recurrir al príncipe de Metternich, que estaba en Duch, palacio del célebre Wallenstein, donde á la sazón se hallaban los soberanos, y se hizo dar la orden de que todas las tropas austriacas convergieran á la izquierda para que se colocaran en batalla con las tropas rusas descendidas de Peterswalde.

Con todo, estas órdenes no podían hacer que entraran en línea fuerzas considerables hasta dentro de algunas horas, y después de reflexionar Vandamme un instante, aun cuando vió que se detenían y aumentaban sensiblemente las tropas fugitivas, resolvió desalojarlas del puesto donde al parecer querían establecerse para proteger los desemboques del Geyersberg contra nosotros. Obrando de esta suerte obedecía á la vez á órdenes terminantes y á la indicación de las circunstancias, pues las órdenes le prescribían que fuera hasta Tœplitz, y las circunstancias debían empeñarle en cerrar el desemboque de las montañas á las columnas batidas, puesto que no se le había enviado á aquellos lugares más que para oponer obstáculos á su retirada. Teniendo siempre bajo la mano la brigada de Reuss, con la cual había marchado desde por la mañana sin llevar al lado otra fuerza, expulsó á los rusos de Kulma, donde aspiraron á mantenerse firmes, y de la aldea de Straden, adonde se replegaron acto continuo. Tomada esta aldea, hallóse delante de una segunda posición situada detrás de un barranco y de apariencias bastante fuerte. Por un lado, esto es, hacia nuestra derecha, se apoyaba en las montañas; por el centro, en la aldea de Priesten construída sobre el camino de Tœplitz, y finalmente á la izquierda, en praderas cortadas por canales y en la aldea de Karbitz. Vandamme quiso atacar sin demora la aldea de Priesten para no consentir que se estableciesen allí los rusos; pero encontró por vez primera una resistencia obstinada, y fué repelido de resultas de una carga del regimiento de guardias de Ismallow. Como no tenía consigo su artillería de grueso calibre ni sus masas de infantería, vióse obligado á aguardar á la división de Moutón-Duvernet, 42.^a del ejército, y mejor hiciera sin duda en diferir todo lance hasta la llegada de su cuerpo de tropas, á fin de no empeñarlo sino con fuerzas suficientes. Pero sus otras divisiones no podían llegar sobre el terreno hasta muy tarde, y siempre á impulsos del anhelo de cortar la retirada al enemigo, le acometió con nueve batallones del general Moutón-Duvernet, únicos reunidos á la sazón de los catorce de que la división se componía. Con estos nueve batallones, encaminados á la derecha hacia el bosque, restableció la pelea y arrolló sobre la aldea de Priesten á los rusos. Pero de pronto fué atacado por cuarenta escuadrones de la guardia de éstos, recién entrados en línea y desplegados unos á nuestra derecha hacia la falda de las montañas, otros á la izquierda de la llanura de Karbitz.

Los batallones de Moutón-Duvernet contuvieron á la caballería rusa á lo largo de las montañas, los escuadrones de Corbineau la cargaron por el lado de las praderas, y sin embargo, lejos de avanzar tampoco ahora, lo más que pudimos conseguir fué conservar el terreno ganado. A las dos de la tarde apareció la primera bri-

gada de la división de Philippón, primera de Vandamme. Esta brigada, dirigida por el general Pouchelón, envió á la derecha al regimiento 12 de línea para sostener á Moutón-Duvernet y hacia el centro al 7.^o de ligeros para atacar á Priesten. No pudieron apoderarse de la posición estos regimientos, recibidos por un fuego horroroso. Llegando entonces la segunda brigada de Philippón á las órdenes del general Fezensac, empeñóse de igual manera y con sumo empuje, aunque sin mejor éxito. Al querer atacar á Priesten el 7.^o de ligeros de la primera brigada de Philippón fué acerbado de metralla, cargado luego por la caballería rusa y salvado por la segunda brigada, que el general Fezensac pudo rehacer bajo el fuego del enemigo. Tras de reconocer Vandamme sobrado tarde que estos ataques sin concierto no producirían ningún fruto, abrazó el partido de asentar su línea algo á la espalda sobre la eminencia de Kulma, que dominaba el llano como situada en el desemboque de la calzada de Peterswalde. Habiendo querido avanzar los rusos, fueron ametrallados á su vez por veinticuatro bocas de fuego que puso en batería el general Baltús, llegado con la reserva de artillería. Bajo esta metralla y ante las cargas de nuestros jinetes retrogradaron y fueron á tomar la posición de Priesten sobre el camino de Tœplitz y la derecha en las praderas de Karbitz. Frente por frente estábamos nosotros, teniendo como ellos á un lado las montañas, á otro las praderas y en el centro la posición dominante de Kulma, donde era fácil defenderse.

No se podía culpar á Vandamme por haber probado á arrebatarse la posición á los rusos, puesto que tenía orden de empujarlos hasta Tœplitz y además debía conocer la urgencia de cerrar el desemboque del camino de Altenberg sobre este punto; pero se le podía reconvenir por haberse comprometido en el ataque antes de que tuviese todas las fuerzas á la mano, y esto mismo se explica por la prolongación de su columna en las montañas y por el deseo natural de desalojar al enemigo antes de que se consolidara en la posición escogida. A mayor abundamiento el general Vandamme se detuvo y resolvió guardar bien á Kulma, donde no podía ser forzado teniendo á su disposición hasta cincuenta y dos batallones y como ochenta bocas de fuego en batería. Su designio era aguardar á que Mortier, situado á su espalda en Pirna, llegase en su ayuda y á que Saint-Cyr y Marmont, situados á su derecha á la otra parte de las montañas, las transpusiesen detrás de los coligados. Para que se consumasen estos movimientos sólo se necesitaban doce ó quince horas, y con el concurso de todas estas fuerzas se lisonjaba de ofrecer al emperador grandes resultados al día siguiente 30 de agosto. ¡Ilusión triste y lamentable, aunque bien fundada, y tanto como lo pudo ser en tiempo alguno la más razonable esperanza! Aquella misma noche escribió á Napoleón para enterarle de su situación y pedirle socorros y anunciarle que hasta que le llegaran se mantendría inmóvil en Kulma.

Las cartas escritas en este punto el 29 por la noche no podían llegar á Dresde hasta el 30 por la mañana, y las órdenes expedidas en respuesta de estas cartas no se podían ejecutar bastante pronto para que Vandamme fuera socorrido el 30 á tiempo. Ya el 29 por la tarde había recibido Napoleón las nuevas procedentes

aquella mañana de Peterswalde, y supo que los rusos se retiraban á toda prisa, que Vandamme los acosaba con la punta de la espada y que les había quitado algunos miles de hombres. Suponiendo por virtud de estas noticias á los coligados en completa derrota, contando con que la viva persecución de Saint-Cyr, de Marmont y de Murat les obligaría á cruzar desordenadamente las montañas, y con que situado Vandamme en su respaldo los capturaría á millares y aun acaso cerraría el principal desemboque de Altenberg del todo, reiteró á Saint-Cyr, á Marmont y á Murat la orden de empujar vivamente al enemigo en todas direcciones y á Mortier de estar alerta y pronto á correr á Kulma si Vandamme necesitaba allí de su auxilio. Llena la cabeza de los recuerdos de lo pasado, haciendo memoria de la facilidad con que tiempos antes capturaba á los prusianos ó á los austriacos vencidos, no queriendo tomar en cuenta la pasión que les animaba ahora y les hacía tan inaccesibles al desaliento, ya calculaba haber tomado suficientes precauciones para alcanzar aún muy grandes resultados de la victoria de Dresde. Además le absorbía entonces una combinación inmensa (1), mediante la cual y aprovechando el rudísimo golpe descargado sobre el ejército de Bohemia, esperaba avanzar al camino de Berlín á cinco jornadas de Dresde, destrozando el ejército del Norte, abrumar á un mismo tiempo á la Prusia y á Bernadotte, avituallar de nuevo las plazas del Óder y del Vístula é imprimir de este modo nueva faz á la guerra, cuyo teatro se trasladaría por un instante al Norte de Alemania. Así Berlín y las plazas del Oder y del Vístula, que ya le habían inclinado á extender de sobra el círculo de sus operaciones, le preocupaban nuevamente é iban á desviarle de lo que debiera mirar como objeto esencial y exclusivo durante algunas horas: sin duda, como se avalorará muy luego, su concepción era singularmente magna, si bien intempestiva por desgracia nuestra, y prematura lo menos en dos días.

Absorto en sus cálculos y en el ardor de la concepción primera, expidió las órdenes siguientes el 30 de agosto por la mañana. Previno al mariscal Mortier, situado en Pirna, que le volviera á enviar á Dresde dos divisiones de la joven guardia, y que fuera con las otras dos á socorrer á Vandamme; á Murat que le devolviera la mitad de la gruesa caballería, y continuara persiguiendo con la restante por el camino de Freyberg al enemigo; al mariscal Marmont que le empujara vivamente sobre el desemboque de Altenberg y de Zinwald,

(1) Cuando quería analizar bien sus ideas trasladábalas al papel, sabiendo, como todos los hombres que han meditado mucho, que redactar las ideas propias es profundizarlas más. Por tanto había dictado su proyecto en una nota admirable con el título siguiente: *Nota sobre el estado general de mis negocios el 30 de agosto*, muy semejante á las que escribió en Moscú por octubre de 1812, y revelando todo su pensamiento á la hora misma en que Vandamme estaba en Kulma. Vese en esta nota la verdadera causa del descuido que produjo la desgracia de Vandamme, sobre todo cotejándola con las órdenes dadas el mismo día á Murat y á Mortier; y se conoce cuán ridícula es la fábula de la indisposición inventada por ciertos narradores, y acogida anhelosamente por los que se complacen en creer que en historia los sucesos de más bulto emanan de las causas más insignificantes, afición singular y que acredita muy medianos alcances. ¡Tanto peor en efecto para los que más creen en las causas pequeñas que en las grandes!